Votantes probables: ciudadanos que... (termine su definición según su ingenio y creatividad)

EDMUNDO BERUMEN

Es relevante, está de moda, suena *chic*, muchos lo miden, los que lo miden lo divulgan, todos los que se enteran lo comentan, los de la mesa de junto se callan para escuchar, es importante, pero... ¿quiénes lo entienden?

En acuerdo aprobado en sesión ordinaria del Consejo General del IFE, el 19 de diciembre de 2005, se fijaron los criterios generales de carácter científico para la realización y difusión de encuestas por muestreo para dar a conocer las preferencias electorales de los ciudadanos o las tendencias de la votación, utilizando para ello encuestas por muestreo. En el acuerdo se previene a quienes soliciten u ordenen la publicación de cualquier encuesta o sondeo de opinión sobre las preferencias del electorado o las tendencias de la votación, que deben apegarse a los citados criterios generales. Quienes violen esta disposición serán castigados con diez a cien días de multa y prisión de seis meses a tres años.

De manera particular, en el anexo del acuerdo se dice: "En caso de que los resultados publicados incluyan estimaciones de resultados, pronósticos de votación o cualquier otro parámetro que no consista en el mero cálculo de frecuencias relativas de las respuestas de la encuesta, deberá especificarlo, aunque puede reservarse el método de cálculo aplicado para la transformación de las variables en pronósticos."

Y con este telón de fondo entran a escena los famosos "votantes probables" (VP), que ya no son todos los ciudadanos encuestados, sólo una parte de ellos, y la sola etiqueta que les ponemos ya intuye un "pronóstico".

¿Que cómo identificar a los VP? No hay consenso, no hay respuesta única, pero cada encuestador sabe cómo hacerlo. Ése no es el tema, el tema es que cada cual lo hace de acuerdo con su particular receta, y por supuesto la guardamos celosamente, es "*know how*" you know. Todos usamos sal, pimienta, ajo, comino, ah pero en qué proporciones y cuándo agregar los ingredientes es celosamente guardado. Y como el acuerdo lo asienta, todo encuestador "puede reservarse el método de cálculo".

Pero entonces, al comparar los resultados de tantas y tan variadas encuestas ¿estamos comparando peras con manzanas? Si bien nos va, a lo mejor son cítricos *vs.* tubérculos. Veamos.

Los encuestadores no los dejamos totalmente a ciegas, damos algunas pistas, advertimos por ejemplo que preguntamos, con distintas variantes, sobre:

Si piensan votar.

- Qué tan seguros están de ir a votar los que declaran que sí.
- Si sostendrán su preferencia o quizá la cambien.
- Si votaron en elecciones recientes los que tenían edad para hacerlo.
- Por quién votaron en elecciones recientes.
- Si conocen la fecha de la elección en cuestión.
- Su "identidad" o "afinidad" partidista, y la intensidad de ésta.
- Cuál de los candidatos-partidos representa mejor sus intereses.
- Por quién nunca votarían.

Ya con los ingredientes a mano cerramos la cocina cuidando de sacar antes a ojos extraños, sacamos la llave que libera la receta bajo resguardo y pasamos a procesar los datos. En un santiamén tenemos los resultados y compartimos la noticia de que los VP (quien quiera que éstos sean) tienen tales y cuales preferencias, a veces hasta decimos que son un X% de los ciudadanos entrevistados (en lo que va de la campaña números que oscilan entre 45-65 por ciento).

Y en la cocina de al lado nos ofrecen un platillo con el mismo nombre pero que sabe un tanto diferente. ¿Cuál es mejor? A veces no hay a cuál irle, a veces al mejor cocinero se le pasa la sal o se apelmaza el arroz y pierde el platillo. Pero la duda permanece, ¿estoy comparando iguales? Mientras los cocineros no den la receta detallada permaneceremos con la duda.

Alto. Olvídate de la receta y fíjate en la presentación del platillo. Si los encuestadores están declarando esos porcentajes de VP, ¿por qué en sus declaraciones del nivel de precisión y confianza mantienen los que resultan del tamaño de muestra original, en donde cuentan a *todos* los encuestados?

¡Buena pregunta! Y yo que temía haberte dormido con mi perorata aburrida. Ciertamente el nivel de precisión debe verse afectado ante un tamaño de muestra menor. Así por ejemplo, si algún encuestador declara que:

Entrevistó a 1 000 ciudadanos con credencial para votar, pero estima a los VP en

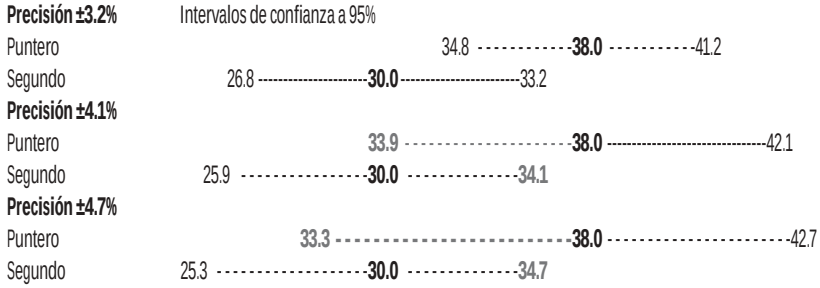
un 60%, entonces su nivel de precisión *no* es del orden de ±3.2%, en un nivel de confianza de 95%, como lo declara en su vitrina metodológica, es más bien del orden ±4.1 por ciento.

Y si entrevistó a 1 000 ciudadanos con credencial para votar, pero estima a los VP en un 45%, entonces su nivel de precisión *no* es del orden de ±3.2% en un nivel de confianza de 95% como lo declara, es más bien del orden de ±4.7 por ciento.

Y por qué tanto alboroto si los órdenes de magnitud de las precisiones resultantes son similares. Sí, pero el impacto de tan sutil diferencia puede llevarnos a conclusiones abismales tan lejanas como del mar a la luna. Por ejemplo, en el primero de los casos, si al mismo tiempo el mismo encuestador estima que el candidato que va al frente tiene por ejemplo entre los VP un 38% de las intenciones de voto, y el más cercano al puntero un 30%, entonces con el nivel de precisión declarado, un ±3.2%, el nivel más bajo estimado factible para el puntero es de 36.0 -3.2 = 34.8%, y el más alto factible para el segundo es de 30.0 + 3.2 = 33.2%, y con estos números el encuestador estimaría que el puntero hubiera ganado una elección en la fecha de su encuesta.

Pero si el nivel correcto de la precisión es de ±4.1%, entonces el puntero puede bajar a 38.0 -4.1 = 33.9% y el segundo subir a 30.0 +4.1 = 34.1%. Y entonces el mismo encuestador puede caer (no todos los números entre 30.0-34.1% para el "segundo" lugar, o entre 33.9-38.0% para el "puntero" son igualmente probables) en un nivel de incertidumbre tal que no le permita pronunciarse sobre quién hubiera ganado la elección: el mal llamado "empate técnico" o el "too close to call". Y si el nivel correcto es del orden de ±4.7% como en el segundo ejemplo de VP, con mayor certeza se puede caer en la incertidumbre.

De manera esquemática, los intervalos correspondientes a 95% de confianza serían como se ilustra a continuación. El gris indica valores en donde hay una probabilidad pequeña pero no despreciable de que los resultados se inviertan.



Si la distancia entre el puntero y el segundo se acorta a menos de ocho puntos (38 *vs*. 30), a seis o cuatro, entonces los traslapes en gris anteriores son mayores y mayor es la incertidumbre para lograr identificar al probable ganador.

Paréntesis. Siempre he argüido que el traído y llevado "empate técnico" es una desafortunada frase que debemos abandonar los encuestadores. Es una arrogancia mayúscula estimar tal resultado en una elección efectuada al momento de la encuesta, pues en los procesos electorales basta un voto para ganar. Lo que los encuestadores debemos asentar en tales situaciones es que nuestro ejercicio demoscópico *no* logró identificar quién hubiera resultado ganador entre tal y tal, como sí lo hubiera hecho el resultado oficial o quizás otro ejercicio demoscópico más preciso.

A la complejidad (complejidad ficticia creada por el celo y secrecía del gremio) del tema de definición e identificación de VP podemos agregar otras, como por ejemplo:

La tasa de no respuesta global a la encuesta (rechazos, casos difíciles de encontrar en casa). Tasa que no se acostumbra divulgar y que, forzados por el acuerdo del IFE, encuestas recientes "reconocen" que las padecen ¡y que en los datos revelados son del orden de un 14-49%! Es decir, algunos encuestadores fallan en entrevistar a *uno* de cada *dos* seleccionados; ¿"valen" lo mismo sus datos que aquellos que fallan sólo con *uno* de cada *siete*?

La tasa de no respuesta a preguntas específicas dentro de la encuesta, de manera particular las asociadas con la intención de voto, que oscilan entre un 8-20%. Si sumamos esto a la no respuesta global tenemos que entonces ¡se eleva entre 23-69%! Es decir, en el escenario más crítico hay casos en donde sólo se logra respuesta de *tres* de cada *diez* seleccionados y se falla en los *siete* restantes.

El abandono o la pérdida de mecanismos probabilísticos de selección en la última etapa: la selección de ciudadanos. Ante los elevados costos de retornos al domicilio seleccionado para encontrar y convencer a ciudadanos difíciles de ubicar en su hogar, se emplean distintos procedimientos de sustitución (sólo considerar a miembros del hogar presente durante la primer visita del encuestador, entrevistar al que "abre la puerta", sustituir distintos casos de no respuesta con otra vivienda y así sucesivamente hasta lograr la entrevista). Así quedan sistemáticamente excluidos o "subrepresentados" por ejemplo: hogares unipersonales, hogares donde todos sus miembros trabajan fuera del hogar y otros estudian. ¿No inducirán algún sesgo estas omisiones?

La creación de otras subcategorías de VP, como por ejemplo: "estables" (difícilmente cambiarán su intención de voto), inseguros o "cambiantes" (si bien declaran alguna preferencia, a la vez declaran que ésta podría cambiar), "indecisos" (al momento de la entrevista aún no saben), "voto útil" (si su preferencia no tiene posibilidades pueden migrar a otra que juzgan sí la tiene).

Variantes en la redacción y aplicación (con o sin boleta y urna) de la pregunta sobre preferencias, y en la ubicación de ésta (al principio, a la mitad, al final) en el cuestionario de la encuesta.

Abrumado con tantas exigencias técnicas, ¿qué salida le queda al ciudadano común y corriente? Confianza. Confianza en

aquellos encuestadores que al paso del tiempo han demostrado permanencia, consistencia (sin que ello impida algunos sobresaltos) y mejoras (que nunca terminan) en sus procedimientos y explicaciones de sus resultados, y su exposición periódica ante sus pares en foros especializados de discusión dentro y fuera del país. No son pocos, y ofrecemos nombre y apellido de tan sólo un puñado que realizan encuestas para divulgación en distintos medios, en estricto orden alfabético: Alejandro Moreno (*Reforma*), Carlos Ordóñez (*El Universal*), Consulta Mitofsky (Televisa), Demotecnia (*Milenio*), Parametría (*Excélsior*, Proyecto 40).

Que no haya sentimientos colegas, no es lista exhaustiva, sólo ilustrativa entre aquellos que hacen encuestas para medios.

Ya ventaneados unos pocos, va la factura para todos, una invitación a que siempre:

- proporcionen los resultados de todos los entrevistados además de los de VP;
- reconozcan y proporcionen la tasa de no respuesta global;
- abandonen el uso del famoso "empate técnico",
- acaso se atrevan a desmenuzar en detalle cómo arriban al subconjunto de VP,
- declaren el "número de pregunta" que en el cuestionario tienen todas las preguntas asociadas a la intención de voto e identificación de VP,
- calculen y reporten los niveles de precisión y confianza de cada subgrupo estimado,
- que al finalizar la contienda compartan sus bases de datos en algunos de los bancos de encuestas disponibles (Banco de Encuestas de Latinoamérica-BELA de la UCSE, CIDE, IFE, AMAI).

Y abundando sobre el tema de la precisión y nivel de confianza de las estimaciones, una invitación a que en las cortísimas "vitrinas metodológicas" dejemos de leer frases tan escuetas o amplias como las siguientes:

"La encuesta tiene un margen de error de ±4% con una confianza de 95%." Las "encuestas" no tienen margen de error, lo que sí lo tienen son todas y cada una de las estimaciones que con ellas se hacen.

"La muestra tiene un margen de error de ±4% con una confianza de 95%." Las "muestras" no tienen margen de error, lo que sí lo tienen son todas y cada una de las estimaciones que se hacen con las encuestas.

"Nivel de confianza 95%. Margen de error ±4 por ciento." ¿Nivel de confianza de qué? Margen de error de qué?

"Error de Estimación. Para proporciones globales es de ±4% al 95% de confianza." ¿Proporciones globales de qué?

"El margen de error teórico para las estimaciones globales es de ±4% al nivel de confianza del 95%". ¿Estimaciones globales de qué?

"Error aproximado de ±4%. Intervalos de confianza 95%". ¿De qué?

Las desafortunadas frases tratan de comunicar al lector "medidas" sobre uno de los componentes de la calidad de las estimaciones de la encuesta, y reconocer qué tan borrosa salió la fotografía (no profecía decimos con insistencia en el gremio, pues el resultado directo de la encuesta no predice lo que sucederá el día de la elección). Bastaría, pues, enunciar los niveles de precisión y confianza para los principales parámetros divulgados (el de cada uno).

Por último, vale advertir que los llamados errores "no de muestreo", aquellos que están presentes aún en el caso de hacer un censo (por ejemplo, los sesgos introducidos en el cuestionario mismo, ya sea con intención o sin ésta; o por el personal de campo al no apegarse a los procedimientos establecidos), en general son más grandes que los errores de muestreo, pero a diferencia de los primeros difícilmente mensurables.

¡Basta! Toda la argumentación, además de indigestarme, logró convencerme de que las encuestas y los datos de VP no sirven para nada en tanto no los comprenda y que emplearía mejor mi tiempo leyendo la sección de espectáculos o sociales.

Espera. No era mi intención ni indigestarte ni restarle valor a las encuestas. En un minuto concluyo.

Tengamos o no a la mano la receta, lo importante es la comparación de cada cocinero consigo mismo, probando varias veces el mismo platillo. Me explico. Aún cuando no sepamos los intríngulis de cada definición de VP, lo relevante es que cada encuestador sí sabe la suya, y lo importante no es el nivel que acusan las preferencias en un momento dado, sino la tendencia que observamos en la serie de cada encuestador respecto a las preferencias de cada candidato-partido: al alza, a la baja, estancados en un nivel, con tendencias suaves o bruscas en ocasiones (sólo ocasionalmente, no siempre, pues un brusco y continuo zig-zag es difícil que se presente en la realidad). Lo hagan como lo hagan, sus mediciones son directamente comparables pues usan el mismo método siempre. Ése es su valor; y cuanto más se aproxime la serie a la fecha de la elección más podremos inferir o intuir de las tendencias que observemos.

Por lo demás, nada estará definido sino hasta el 2 de julio, cuando ya no habrá necesidad de especular, definir o estimar a los VP, saldrán del clóset a la luz pública y con orgullo se dejarán ver en las casillas. Ya no serán VP, simplemente V de votantes. Todos estamos invitados, hasta los encuestadores (ocupados como hormiguitas revisando sus recetas, rompiendo algunas, poniendo doble llave a otras).

Y tú lector, ¿eres VP? ¿Serás V el 2 de julio?